

*Contextos y texto de una crónica  
Libro tercero de la historia religiosa  
de la Provincia de México de la Orden  
de Santo Domingo de fray Hernando Ojea,  
O. P.*

José Rubén Romero Galván (editor)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

238 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 6)

ISBN 978-970-32-4868-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/contextos/texto.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

dito doctor fundó los hospitales de San Lázaro<sup>115</sup> y de los Desamparados<sup>116</sup> de esta ciudad, con limosnas que para ello pidió entre los vecinos y con su propia hacienda, a cuyos pobres y a los otros de la ciudad curó siempre gratis, y a los más necesitados cuando los visitaba dejaba dineros debajo de las almohadas para lo que habían menester. Era muy espiritual, confesaba y comulgaba cada día, al cual serví yo algunas veces en estos ministerios y le hallé siempre como un ángel. Tenía hecho concierto con el bendito fray Juan (según después pareció por el suceso de las cosas) que el que primero muriese rogase a Dios llevase también presto al otro, y así fue que el buen doctor estaba muy indispuerto cuando murió fray Juan, y preguntaba muy a menudo si era muerto, y sus hijos no se lo querían manifestar por no darle pena. Al fin lo supo algunos días después, y les dijo que ya era tiempo que él se fuese también, que le diesen todos los sacramentos (los cuales recibió con grande devoción), que aderezasen lo necesario para la sepultura y le enterrasen junto a su amigo fray Juan. Y él mandó luego poner la fecha a muchas cartas que tenía escritas y firmadas que se despachasen a todos los conventos de esta ciudad de México y a los comarcanos (en todos los cuales curaba él, hacía otras buenas obras y tenía muchos amigos), significándoles cómo moriría el siguiente y pidiéndoles encarecidamente le encomendasen a Dios. Y así fue que él dio su bendita alma a Dios la mañana del día siguiente, que fue el del glorioso apóstol san Bartolomé, 24 de agosto del mismo año, siete días después que el bendito fray Juan, y fue sepultado junto a él en la sepultura tercera y en el hábito de la orden, del cual fue siempre muy devoto. Era natural de la villa de Dueñas en Castilla, y murió de edad de casi setenta años.

## CAPÍTULO 16

### DEL BENDITO PADRE FRAY HERNANDO DE LA MAGDALENA

El bendito fray Hernando de la Magdalena fue portugués de nación, nació en la insigne ciudad de Lisboa y pasó con sus padres a

<sup>115</sup> El hospital de San Lázaro se fundó para atender a los leprosos de la ciudad. No se conoce la fecha en que abrió sus puertas. Se tienen noticias de que en 1528 ya funcionaba. En ese año Nuño de Guzmán lo destruyó. Posteriormente, Pedro López lo refundó con su propia fortuna. Con las debidas licencias, el hospital comenzó a atender enfermos en 1572. Josefina Muriel de la Torre, *op. cit.*, v. 1, p. 249-250.

<sup>116</sup> Fundado por Pedro López en 1582, con licencias del arzobispo Pedro Moya de Contreras y del virrey conde de la Coruña, para atender a negros, mulatos y mestizos. Su primer nombre era Hospital de la Epifanía. *Ibidem*, p. 259-261.

esta Nueva España poco después de la conquista de ella adonde tocándole Dios tomó el hábito en Santo Domingo de México y profesó a los diez de marzo del año de Cristo 1538. Llamábase antes fray Hernando López, y en su profesión, dejando este apellido se llamó de la Magdalena, por la grande devoción que tenía a esta gloriosa santa.

Habiéndose ordenado sacerdote le envió la obediencia a los pueblos de los indios de esta nación mexicana para que deprendiera su lengua, y él lo hizo así con mucha afición y salió en ella un gran ministro del evangelio, muy caritativo, benigno y piadoso y amicísimo de administrar todos los sacramentos, sin perdonar a caminos, cansancio, malos temporales y otros trabajos en que por ello se veía a menudo; y así hizo con ellos mucho fruto en los indios entre los cuales vivió siempre con grande ejemplo y edificación de ellos hasta que murió. Bautizó más de treinta mil indios, grandes y pequeños; casó más de diez mil pares y confesó más de cien mil. De todo lo cual tenía él particular cuenta, porque los que bautizaba, confesaba y casaba los escribía luego a la noche por curiosidad en un cartapacio que para esto tenía. Fue muy obediente, humilde, llano y apacible en su trato y comunicación, manso y pacífico y a nadie molestó; muy observante de la ley de Dios y de su regla y constituciones, muy casto en sus obras y palabras, de tal manera, que nunca se le notó liviandad alguna. Muy templado en el comer, beber y dormir, estudioso y muy dado a la oración y contemplación; y así ocupaba en esto casi todo el tiempo que le restaba de la administración de los sacramentos, en la cual trabajaba mucho como dijimos. Siempre vistió lana y nunca lienzo con haber vivido casi todo el tiempo de su frailía en tierras muy cálidas, cuales son las bajas del marquesado del Valle, que están de México doce y veinte leguas a la parte del mediodía. Fue muchos años prelado y vicario de muchos de aquellos pueblos, amigo del bien común, y juntamente muy pobre y en su oficio fidelísimo; porque con ser aquellos pueblos de los más ricos de la nación mexicana, a él no se le pegó de ellos otra cosa que el mérito de su virtud y fidelidad, ni tenía ni poseía cosa de consideración fuera de sus libros ordinarios. En estos ejercicios perseveró toda la vida, y habiendo recibido todos los sacramentos, con un pequeño accidente y su mucha vejez, dio su bendita alma a Dios en el pueblo y convento de Tlaltizapan, adonde había sido muchas veces vicario, al fin del año de Cristo 1598, y fue sepultado en la capilla mayor de la iglesia del mismo convento.